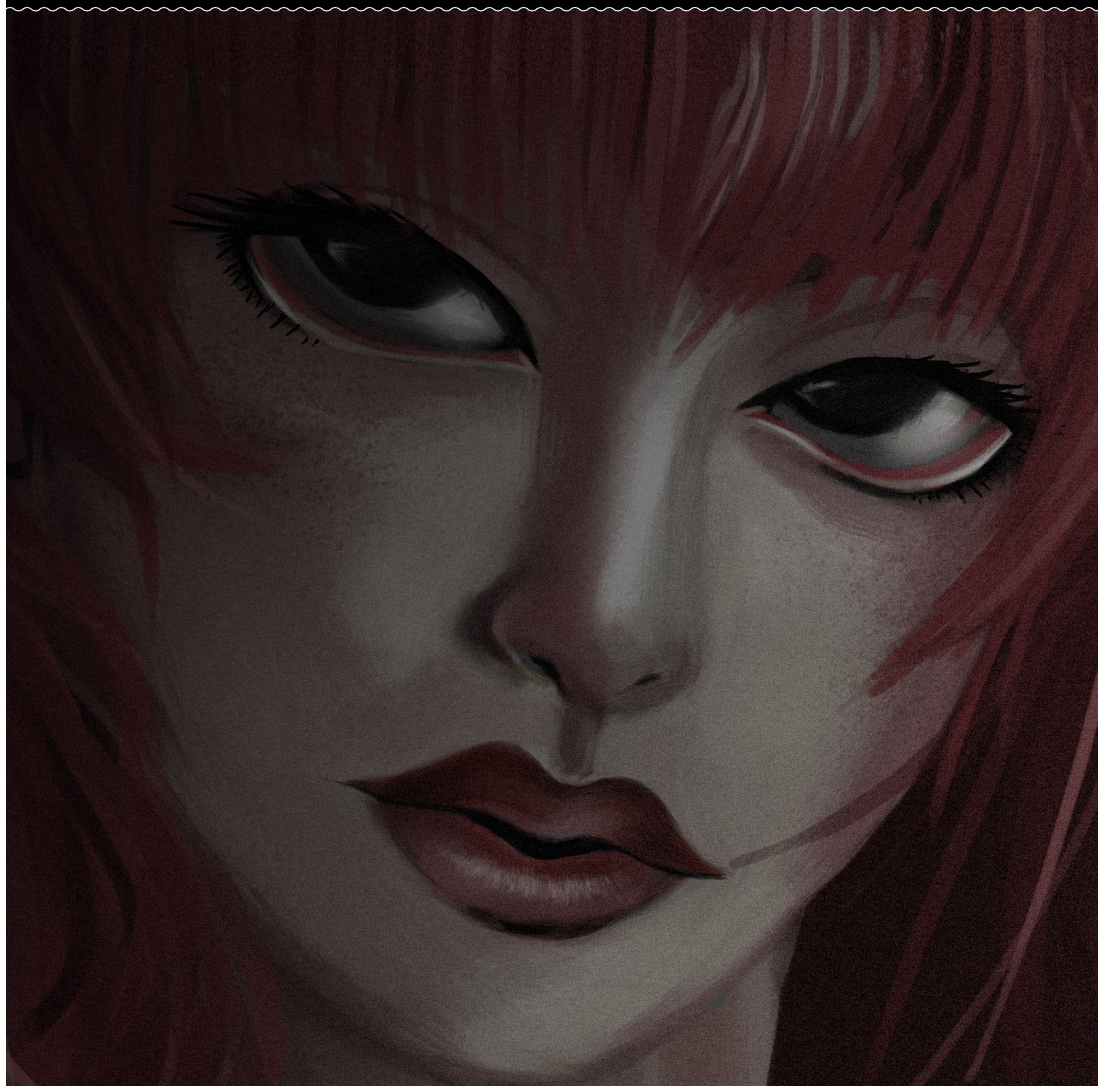


Ética para una Diabla

Catharsis

Ética para una Diabla

Magnolia Roja



Capítulo 1

Prólogo

Lo primero que vio fueron aquellos inmensos ojos blancos. Aunque no sabía donde había ido a parar, se quedó así, tumbada boca arriba, embelesada con la belleza de semejante animal. Estaba verdaderamente cómoda. La brisa acariciaba gentilmente su cuerpo desnudo produciendo un leve cosquilleo, y el rocío de la hierba junto con la luz de esa luna engullida por la tierra, producían en ella una sensación de frescor. Si se pudieran construir momentos imperecederos, este sería uno de ellos. Pero había algo que estaba mal, algo que desentonaba en aquel, su sueño. Se incorporó con las piernas cruzadas, y el perro se echó hacia un lado para dejarle espacio. Justo como ahora se encontraban, él parecía mucho mas alto que ella. Alargó una mano para acariciarlo, pero se retractó justo cuando iba a rozarle. Su pelaje de petróleo reflectaba la luz lunar.

-Estoy buscando a Perséfone- Le dijo- ¿Sabes dónde está?- El gran canino giró la cabeza hacia un lado como signo de incompreensión.

Lis se levantó por fin y se sacudió el cuerpo para que las hojas y restos de tierra pegados en él se desprendieran. Todo el paisaje estaba vacío. De no ser por que existía un suelo cubierto de césped gris donde apoyarse y aquella cúpula lunar, se encontraría flotando en la nada. Dio un paso en dirección al cuerpo celeste. Bajo sus pies descalzos nació una preciosa baldosa de mármol blanco. Dio entonces un paso a la derecha; no pasó nada. Otro a la izquierda; nada. No existía la probabilidad del error; tenía que llegar allí. Así pues, avanzó diez pasos al frente como prueba final. ¡Fantástico! Las pulidas baldosas brotaban perfectamente encajadas entre ellas y conformaban una preciosa estela que abandonaba su paso.

-Vamos Tobi- Le dijo tras silbar al canino. Este contestó con un gruñir amenazador- No, no. Espera. Tengo el nombre perfecto, ¿Qué te parece Sombra?- El silencio hizo evidente que se sentía conforme.

¿Cómo había llegado allí? Mientras caminaba, más segura estaba de que por fin, había llegado la hora de enfrentarse a ella. Algo rompió el solemne silencio y la alejó de sus pensamientos. Voces susurraban y reían. Conforme más se acercaba a la luna, mas intensas y agresivas se tornaban. *"¿Qué tenemos aquí, pero si es una niñita..." "¡Idiotas, no es una niña!" "¡Si que lo es!" "Apesta a muerto..." "¿Acaso no lo veis? Escuchad el bullir de su corazón..." "Pero mira qué poquita cosa..." "Nos la podemos comer?" "¡Os digo que no es una niña!" "Es cierto, huelo a sangre en sus venas" "¿Te as perdido pequeña?" "No deberías de estar*

aquí” “¡No le habléis!” “Tan sólo nos divertíamos un poco...” .

De pronto el eco de un contaminado silencio. De pronto un segundo efímero. Apareció rápida y fugaz, de frente. Una nebulosa flotante y blanquecina sujetó con sus huesudos y largos dedos su faz. “¿Estás viva o muerta?” Dijo tirando de su rostro para sí violentamente. No tenía cara; todo era un lienzo vacío, salvo por sus deformados labios. “¡Ah!” Dijo retirándose por un segundo. De pronto estaba horriblemente asustado. Abrió entonces mucho la boca, y comenzó a gritar energúmeno.

“¡TEN CUIDADO CON SATANÁS TEN CUIDADO CON SATANÁS TEN CUIDADO CON SATANÁS TEN CUIDAD....!” . Se desvaneció en el aire.

“¿Qué haces? ¿Por qué no la has traído?!” “Callad, callad” Lloraba estrepitosamente. “Callad por favor” “¿Qué pasa?” “¡No la toquéis, no os acerquéis!” “¿Pero qué ha pasado?” “Me ha mirado, él me ha mirado”

Cuando llegó comprobó que aquella luna era simplemente una envoltura de luz atravesable, una fina cortina de papel vegetal. No podía esperar a ver que había detrás y se lanzó a su interior. Sombra no le siguió.

-Has tardado demasiado- Todo era oscuridad-. Eres muy mal educada.

-¿Perséfone?

-Lis, ¿Te gusta jugar, verdad? Sé que te gusta jugar.

- Estás aquí...- Sonrió maliciosamente. La muerte bajó por un hilo de plata cuan araña, quedando suspendida bocabajo por encima de su cabeza. Era negra, por lo que su cuerpo quedaba oculto en las sombras. Tan sólo se apreciaba una máscara blanca reflectante que flotaba.

-Yo siempre he estado ahí tontita- Respondió señalando con el índice su cabeza-. Creo recordar haberte preguntado algo, ¿Quieres jugar?

- Quiero jugar a matarte.

-¡Fabuloso, fabuloso! ¡Juguemos a matarme!- Se oyó el sonido de un aplauso por lo que la chica intuyó que se sujetaba al hilo con los pies. Estaba hecha toda una acróbata- ¿Te gustan los dados? ¿Las damas? ¿Qué me dices del ajedrez? Ay no, tus favoritos son los acertijos...

Se balanceó y dio un largo salto. Fue a aterrizar sobre una superficie blanca a pocos metros de allí. La chica se lanzó a su cuello cuan animal salvaje estrechándolo con sus propias manos. Le arrancó algo que intuía que era la oreja de un bocado y después, mientras continuaba la asfixia, prosiguió con una tanda de cabezazos. Sabía a vinagre, pero pronto podría disfrutar de su renovada felicidad. Pudieron pasar veinte minutos

hasta que por fin la soltó. Intentó entonces relajar su respiración pero se oyó un crujir de huesos recomponiéndose. Perséfone se retorció sobre sí misma y en un perfecto movimiento circular, el objeto blanco volvió a despegar del suelo.

-Guau, eso ha sido genial, pero las reglas no son así... Si me permites te explicaré... - Decepcionada, Lis se dejó caer sobre sus rodillas y procuró contener el aliento. No dijo nada-. Tu quieres librarte de tu condición, ya sabes; dar mala suerte, ser codiciada y ver a mis preciosos querubines... Pues bien, yo solo quiero divertirme un rato. ¿Qué hay de malo en ello? La eternidad es tan aburrida...

-¿Todo lo hiciste por diversión? ¿Sólo soy un juego para ti?

- ¿De qué hablas?- Trazó unos perfectos trescientos sesenta grados en el aire a la vez que su cabeza giraba sobre sí misma y le dio un toque con un dedo sobre la nariz-. ¿Quieres jugar o no?

-¿A qué?

- Aún no lo sé, pero idearé algo grande, muy grande, sublime.

- ¿Podré matarte?

- ¡Ese es el espíritu! Si ganas podrás hacer lo que quieras. Pero si pierdes, serás mi tesoro. También existe la posibilidad de que mueras; en ese caso supongo que serías mía igualmente... ¿Qué me dices? ¿Una firmita por aquí?- La sombra de un pie negro arrastró una hoja papel a sus pies.

-Está en blanco.

-Claro, aún no he ideado el sistema, pero eso es un detalle sin importancia.

-¿Cómo firmo?

-Ten mi pluma - Tras dejar su consentimiento en el documento Perséfone se abrió con un dedo las entrañas y después imitó la acción de la chica. Su rastro era negro-. ¡Perfecto! Ahora que lo pienso, ¿Es muy molesto ese hijo mío?

- ¿Hablas de Anónimo?

-¡Valla, pero si le has puesto nombre y todo!

- Todos tus abortos lo son.

-Ellos no tienen culpa, eres una luz en mitad del campo nocturno. Atraes a los pobre insectos y estos acaban electrocutados. Piensan que si te tienen, serán felices. Mis insensatos...

-Eso creen todos...

-Y eso creo yo- Hizo una pausa-. ¡Ah, si! Una última cosa antes de que despiertes; ya sabes, ya te advertí...

- ¿De qué?

- Te lo dije aquella vez- Se rió-, incluso mi pequeña te lo ha dicho ahí fuera.

-¿Te refieres a...?

-Así es; Satanás. No dejes que interfiera en nuestros asuntos. Y no intentes engañarlo, ya sabe que estás aquí. Vigila tu espalda.

-Ya vigilo mi espalda y siempre estás tu, como un parásito viviendo a costa de mi desgracia.

- ¡IAIAIAIAIA! ¡¿ASÍ QUE ESAS TENEMOS?! ¡¿ESO TODO?!- Se retorció muerta de risa- ¿Cómo sabes eso?

- Puedo verte.

-Ay, no me hagas reír mas, vida mía, y despiértate ya. Yo tengo que comenzar con los preparativos para nuestro jueguito - Chasqueó los dedos. Súbitamente Lis abrió los ojos. Estaba tumbada sobre su cama.

Capítulo 2

Capítulo 1: *"Rojo para el diablo"*

□ I □

Para ella era inevitable el autorechazo. Si se enfrentaba al espejo, comenzaría de nuevo el juicio a retorcerse, intentarían sus prejuicios juzgarla de nuevo. Si tan sólo su vista no fuera tan aguda... Si sus ojos no fueran sus ojos... Aquellos dos agujeros veían lo que ningún ser humano debería de poder ver jamás, algo perfectamente entrelazado y unido a nuestra realidad de una forma tan sutil y perfecta, que pasaba desapercibido ante la vista del imperfecto hombre. Veía lo inmaterial.

-Podrida... Estas podrida- Le decía a su reflejo mientras acariciaba con la yema de los dedos la superficie de cristal-. Ojalá fueras ciega-. En la habitación, la ópera de Von Gluck, Orfeo ed Euridice, retumbaba sólida como un trueno. Cantaba al reflejo: 'Lasciami stare al buio, con la crudele compagna della mia sventure (...) Ombra amata, Dove ti nascondi?'
*(Dejadme en la oscuridad, Con la cruel compañía de mis desventuras (...)) ¿Sombra amada, ¿Dónde te escondes?).

No era un lunes cualquiera, era 'El Lunes'; día de la apertura. El reloj marcaba las 7:45, y el timbre acababa de parar de sonar. Llegaba tarde; las viejas costumbres nunca cambian. Imaginaba que al párroco no le sorprendería mucho que su oveja descarriada volviera a ser la última de la fila. Salió del edificio y echó a correr por los jardines. Corría. Corría rápido. La locura cabalgaba solitaria hacía su rutina infernal. ¿Más quién era el loco? Si el humano concibe de forma individual su vivencia como única y certera, ¿Cómo juzgar al demente si a cada cual tan solo se le antoja verdadero lo propio? ¿Por mayoría? ¿Existe una verdad absoluta? No. Entonces, demos por hecho que el cuerdo no puede estar tan cuerdo y juzguemos correctamente; todos están chiflados menos ella, y mucho más, aquellos que así la nombran. Ella, que está maldita y bendita, ella, magnética y portadora de desgracias, ella, la elegida de Perséfone, quizás sea la persona que mas cerca vaya a estar de una verdad universal.

-Ave María Purísima.

-Sin pecado concebida. El Señor esté en tu corazón para que puedas arrepentirte y confesar humildemente tus pecados- El padre Luis hizo una pausa y la miró a los ojos-. Vaya vaya, ya te esperaba yo a ti. Eres la última otra vez. Me alegra ver que cada año vas superándote.

- Esto... ¿Gracias? - Le hizo una burla.

-¿Gracias?!

- Perdona, sólo bromeaba, para algo soy tu pecadora favorita, ¿No?

- ¿Y ahora me tuteas? ¡Benditas confianzas!- Alzó entonces una de sus cejas.

- Perdona usted padre Luis, ¿Mejor así?- En realidad no estaba enfadado, simplemente era una persona bastante irónica y se divertía a su costa. Aquella chica despertaba en él una extraña simpatía.

- Bueno, basta ya de cháchara y cuéntame.

- Pues confieso...Mmmm...- Se llevó el pulgar a la boca y lo mordió-. Hoy, confieso no tener que confesar.

- ¡Lis! ¡Esto tiene que empezar a marchar en cinco minutos!- Una monja que había venido a encender las velas para la misa pudo escuchar el grito del padre y lanzó a la colegiala una mirada inquisidora. Los múltiples alumnos del internado, a su vez, estaban comenzando a colocarse en sus asientos, y los monaguillos, alumnos seleccionados al azahar, se asomaban nerviosos por el altar para medir la cantidad de gente que entraba. La iglesia comenzaba a abarrotarse y a pasar de ser un solemne lugar a ser un estruendoso gallinero.

- Vale, vale. Pues supongo que peco de pereza, apatía y aburrimiento. Si eso son pecados, soy la mayor especialista. Me consumen y me amargan, tanto, que comienzo a delirar y delirar y delirar y mi mente... Bueno, mi mente piensa cosas, llega a conclusiones.

-¿Cosas? ¿Qué cosas, qué conclusiones?

-Suicidio.

-¡Suicidio! ¡El suicidio es un pecado mortal! La vida es un regalo de Dios. El hombre no tiene el derecho...

- Lo sé, lo sé. La vida es propiedad divina y no sé que, que se yo. No, no me mire así. No tengo intención de hacerlo, todo es culpa de ella... -El sacerdote la mira con gesto de ansiedad-. Pero jamás me vencerá. Quiere asustarme, arrinconarme para luego darme caza, pero ¿Sabe qué? He decidido que ya es hora de que el cazador se convierta en presa.

-¿Quién es ella?- Respondió el cura.

- Perdón pero la misa...- Uno de los monaguillos se acercó y se aclaró la garganta para hacer notar su presencia.

- Si, ya voy Pedro, ya voy.- Lis, reza tres Aves María antes de acostarte todos los días. Y procura que vuelva a surgir esta conversación- Dijo mientras salía del confesionario de madera- Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del padre, del hijo, y del espíritu santo.

- Amén.

-Ve en paz.

-Gracias- Contestó con un forzado gesto de cortesía.

Los cánticos comenzaron, y ella tomó asiento bien atrás, para no mezclarse con ningún otro alumno. En el fondo le hubiera gustado sacarlo todo fuera, desahogarse con alguien por una vez en vez de tener que asistir a un aburrido evento de asquerosas masas humanas que hablaban al unisono y repetían frases como papagayos. Sólo quería contarle a alguien su secreto. Sólo quería que otra persona dedicara algunos segundos de su existencia a consolar su alma rota, que se pudría entre figuras oscuras y lúgubres fantasmas. Sólo quería decir; "Estoy maldita, ayúdame." Y es que el mal la atormentaba, la acechaba, la perseguía... Ella lo notaba, lo intuía. Sabía que la tenía pegada en la espalda y que estaba ahí, justo a su lado, vigilándola. A veces sentía como respiraba detrás de su nuca y a su cuerpo lo invadía un petrificante sudor frío. Otras veces escuchaba sus pasos tras de sí, o intuía su silueta en el humo de cualquier chimenea. También podía verla en los ojos de los animales cuando mostraban sus dientes o se les erizaba el pelo del lomo, o en la podredumbre de las cosas. Pero lo peor venía de noche, cuando irrumpía sus sueños. En especial, había uno que se repetía cada noche desde hacía una semana.

Se encuentra en su habitación, sentada en pos de la ventana y desnuda. Escucha música mientras entona y tararea una inventada letra sin sentido. Alguien entra en el cuarto. Hay dos Lis en la instancia, desnudas e idénticas, dobles. Se sostienen la mirada la una a la otra. Desde el umbral de la puerta, la recién llegada se acerca despacio pero firme. La besa en los labios. Le penetra la lengua. Se detiene. Se miran nuevamente. Saca entonces un brazo por la ventana para agarrar una cuerda que antes, no estaba. Se la coloca alrededor del cuello. Se lanza. Su otro yo grita. Se ahoga. Desesperada e impotente comprueba que su mano no alcanza a sujetarla, pero la soga se parte de súbito, y aterriza en el suelo. Suena un golpe seco y el color carmesí impregna su retina. Pese a haberse partido varios huesos se incorpora y hecha a correr. Es ella pero no se reconoce bajo aquellos energúmenos movimientos. Lis observa como su alter-ego se pierde en el horizonte; se ha fugado un trozo de su alma. Llega a un prado. Apesta a flores y aún suena la misma canción de forma más y más

intensa. Sus pupilas se dilatan, el sonido de sus torpes movimientos le estorba. Ve borroso. Entonces una figura avanza hacia ella. Puede sentir su odio. Puede sentir su amor. Avanza. Avanza. Avanza. Ya casi está, ya casi ... Tiene mucho miedo.

- No vengas.

- Tu deseo...

- No vengas.

- ...Yo puedo...

-¡No vengas!

-... Yo soy...

-¡Que no vengas!

- ...Porque yo siempre...

No puede respirar, no puede ni moverse. Aquel monstruo le tiende una mano, y justo en ese momento, despierta. Sin lugar a dudas, aquello era cosa de Perséfone; aquella maldita rastrera sabía muy bien como jugar con su subconsciente, pero... ¿Dónde encontrar ayuda? ¿A quién le contaba que le acechaba la mismísima muerte? ¿Amigos? ¿Familia? No. Sólo se tenía a ella misma. Pero todo iba a cambiar, pues había tomado una repentina decisión; si Perséfone venía a buscarla, sería ella la que le arrebatara la vida y no al contrario. Se armaría de orgullo y valor, se tiraría hacia ella, y quebraría su cuello con sus propias manos. Estaba harta de su imperecedero círculo vicioso; ser perseguida, huir, y estudiar, en un lugar que parecía luchar por intentar mantenerla presa; el internado Santo Inocente, regido por su tío Francisco, que era a la vez director, profesor y...

-Todo un hijo de puta- Murmuró cuando éste entraba por la puerta del aula. La misa había acabado y la primera clase iba a comenzar; una charla de bienvenida.

-Bien. Buenos días. Para los nuevos yo soy Francisco Espinosa, y parece este año seré vuestro tutor. Espero que disfrutéis de un próspero cuarto curso. Como sabéis, el programa está distribuido en tres trimestres con sus respectivas vacaciones. Podréis salir si vuestras calificaciones son merecedoras de ello.- Ella dejó escapar un suspiro; no podía salir de allí de todas formas.- Para los que no salgáis, los domingos solemos organizar alguna salida especial y... ¿Señorita Lis?- La llamó. En algún momento le invadió el sueño y su cabeza se recostó sobre sus brazos-¡HE DICHO 'SEÑORITA LIS'! ¡SEÑORITA LIS! ¡¿ME ESCUCHA?!'

-Ajá.

- ¿No le da vergüenza comportarse así el primer día de clase?

- Pssé - Resopló y giró la mirada. Había pasado ya por tantos primeros días entre las mismas cuatro paredes que todo carecía de encanto.

- Todos los años lo mismo. Sal de clase, y ven a verme al finalizar la hora. Los demás, decidle al siguiente profesor que no es necesario que se ahorre la falta de asistencia- Lo miró con odio y se levantó del asiento dirigiéndose a la salida.

-¡Señorita! ¡¿Usted también quiere ser expulsada como su compañera?!- Francisco se había acercado a otra alumna y la había golpeado con un montón de papeles en la cabeza; era un viejo cascarrabias con malas pulgas.

-He oído rumores sobre la chica que ha salido- Oyó susurrar entonces a uno de los nuevos-. Dicen que habla sola y que está completamente loca.

-¿Qué dices? ¿Enserio?- Contestó el chico del asiento contiguo con un tono despectivo.

- Por lo visto la llaman 'La alumna fantasma' porque las chicas afirman jamás haberla visto ni en la zona de los dormitorios ni en el pabellón femenino. Nadie conoce a su compañera de cuarto y apenas se la ha visto en el comedor.

- Que raro, ¿No?

- Mucho. Además, también se dice que está gafada, que da mala suerte.

-Pero... ¿No te parece misterioso? ¿No te dan ganas de hablar con ella? Tiene algo que atrae... Se ve guapa y...¡Ay!- Este alumno también recibió un golpe en la cabeza.

Apenas unas pocas personas sabían que Lis era su sobrina y que vivía con él. De todas formas, así lo prefería; mientras menos se supiera de ambos, mejor; llevaba demasiado tiempo escondiéndola y privándola del mundo como para que alguien llegara y se la robara. Lis despertaba en él un sentimiento especial; no la quería como a una hija, ni tan siquiera como una sobrina. Tampoco sentía amor por ella como mujer, ni amistad, ni cariño. La quería como una reliquia, como un objeto; como se quiere a un tesoro. El simple hecho de saber que la poseía valía, para él, mas que ninguna cifra de dinero. Era una obsesión enfermiza, su única razón de existir. Se ponía nervioso cuando alguien le hablaba, o cuando no podía saber donde estaba. Tenía la necesidad de imponerse ante ella, de demostrarle que no existía nada más en su vida que servirle como

juguete. Tenía la necesidad de que lo reconociera como su amo, como su dueño, aunque tuviera que llegar al abuso o al maltrato. ¿Y cómo conseguir que se quede siempre a su lado? Negando su condición de humana, echándole la correa como a un perro, enjaulándola eternamente. Si de él dependiera, el día en que le llegara la hora, ella sería sepultada viva junto con los restos de su cadáver. No le importaba en absoluto que la hirieran o la destrozaran siempre y cuando pudiera recoger y sus desperdicios y guardarlos a buen recaudo. Si llegara a romperse tanto como para convertirse en fragmentos de polvo, el barrería asta el último rincón de la Tierra, y si llegara a corromperse y entremezclarse con la putrefacción, él, alimentaría a las cucarachas que nacieran de sus entrañas, aunque esto significara ser devorado vivo por ellas.

□ II □

- Señor, no está permitido fumar aquí. ¿iSeñor!?

-¿ Y en dónde está permitido hacerlo?- Masculló con el cigarrillo en la boca.

- A las afueras del centro, o en la zona residencial del profesorado, por supuesto.

-No, ir tan lejos me entretendría en demasía- Dijo soltando una maleta en el suelo. La Madre Superiora observó la increíble cantidad de equipaje que se amontonaba bajo los pies de aquel personaje.

-Pero, oiga... ¿Quién es usted? ¡¿Tiene permiso para estar aquí?!

- Alguien como yo no lo necesita, hermana.

-No me importa cual sea el estatus de su familia; no se puede entrar aquí, y mucho menos fumar ¡Está usted en la zona del convento y esto es una capilla privada!

-No hay razón para su disgusto, tan sólo quería entablar una serena conversación con Dios- Puso una mano en su pecho y miró al sagrario risueño.

-Pues valla usted a la iglesia, que para algo está abierta.

Miró el reloj de su muñeca- Definitivamente ahora no. Pretendo hacer una entrada triunfal y todo tiene que salir perfecto... A ver...- Se llevó la mano al mentón y dijo con malicia-. ¿Dónde estará papá en estos momentos..?

- No me importa lo más mínimo, lárguese ya.

- ¿Sabe usted dónde puede estar ahora el director Francisco?

- El... ¿El director?- Balbuceó.

La máquina de las fotocopias estaba anticuada y aquel despacho también. Tenía un decorado art-decó demasiado desfasado, y no nos precipitamos si afirmamos que todo el ambiente era casi igual de falso y superficial que el propietario; recargado y cubriente, como una máscara llena de secretos.

- Mierda, ¡Esto se ha muerto ya!- Señaló a la fotocopidora. El director, aquel hombre bajo y regordete de unos cincuenta y pico años de edad, estaba en su escritorio revisando unos documentos y dándole vueltas a un café moca.

.- ¡Tú! ¿¡Quieres funcionar de una vez?!- Golpeó a la vieja máquina.

- ¿Le hablas a la fotocopidora?- Estaba de espaldas pero notó como la miraba por encima de sus gruesas gafas de pasta; no era la primera vez que la acechaban-. A este paso no conseguirás que te nombre mi secretaria oficial. Sé cuanta ilusión podría llegar a hacerte que pasemos tiempo juntos. Podríamos, tal vez, aprovechar para reforzar nuestros lazos familiares- Ella no respondió y él apuntó con el dedo hacía sus piernas-. Tu falda; la veo excesivamente corta.

- Está como siempre, es la misma del año pasado.

- Habrás crecido entonces- Oyó como se levantaba y se dirigía hacia ella. Giró la cabeza para verlo venir y se topó con una lasciva sonrisa.- ¿O acaso vas provocando?

-¡Qué dices!

- Sabes de las normas del centro con respecto a la vestimenta, ¿Verdad?... Realmente está muy corta- Musitó. Se colocó detrás suya, agarró su falda con una mano y la empujó hacía abajo mientras que con la otra sujetaba su muslo-. Seguro que la llevas doblada- Podía notar el frío de un tosco anillo recorriendo su piel. Ahogó un grito. Algún día, desearía poder destripar a aquel animal. En ese momento llamaron a la puerta. Los corazones de ambos latían fuertes y sonoros, aunque no del mismo modo, no por el mismo motivo-. ¡Bájate esa falda!- Dijo, y se sentó en su escritorio.- Adelante por favor.

-Ha llegado su hijo, Ángel. - Era la Madre Superiora.

-¿Mi qué...? ¿Ángel?

-Sí, dejen eso por ahí hermanas, y que Dios os lo pague- Una figura escuálida y oscura irrumpió en la con un séquito de religiosas bien

cargadas.

- ¡Si tu no tienes hijos!- Gritó Lis.

-También ha sido una sorpresa para nosotras- Contestó la monja que más cargada iba con una agotada sonrisa.

-Vaya, no sé... No sé que decir... yo... Supongo que no te esperaba- Le dijo Francisco con la mirada descompuesta mientras se despejaba la sala.

-Lo sé- En ese momento sonrió a la chica analizándola de arriba a abajo. A ella se le erizó la piel.

- ¿Qué pasa aquí, director?- Protestó la alumna.

- A ti que te importa. Que sea tu tío no quiere decir que tengas que enterarte de todo lo que me rodea.- Le dijo a mala gana, pero acto seguido hubo un cambio en su actitud, tornándose espeluznantemente amable- . Pero que ha sido eso, ¿Director? Ya no estamos en el aula, puedes llamarme 'tito'- Se volvió hacia Ángel y soltó una carcajada -. ¡Mira que se lo tengo dicho!

- No quiero.- Contestó sin más, y aquel nuevo inquilino dejó escapar un prolongado silbido.

-Así que esta es mi primita, nos llevaremos bien.

-¿Os llevareis? ¿Cómo es eso?- Francisco parecía preocupado.

- Bueno, papá, he venido para quedarme.

- Un, un momento, ¡Stop!- Lis hizo un gesto con los brazos en señal de cruz.-¿Cómo no me has hablado de él?!- Preguntó.

- Bueno, digamos que...

- ¿No le has hablado de mí? Se me parte el alma- Interrumpió disgustado-. ¿Sabes qué? Además de ser tu primo, también soy tu padrino
- Se acercó a su oído, le puso una mano en el hombro y le habló como quien habla a una cría de preescolar-. Significa que si algo le pasara a este hombre de aquí, yo cuidaría de ti-. Tenía ojos de serpiente. Aparentaba tener algo mas de treinta años y era extremadamente alto. Sus facciones eran angulosas; nariz recta, larga, y fina, acompañada de una sonrisa puntiaguda de blancos y centelleantes dientes. Todo en su rostro parecía ser algo más grande de la cuenta, pero le quedaba bien. Sus cabellos negros bailaban en una melena semirecogida por un moño. Era un misterio. Como curiosa insaciable, aquel intruso había conseguido despertar su atención. Le gustaba coleccionar secretos y regocijarse en

ellos; ser un verdadero curioso no implicaba, según ella, dismantelar el objetivo de la emoción; lo que había que hacer era apoderarse del enigma, respetar su naturaleza, mimarlo y cuidarlo; evitar a toda costa que este pierda su magia. La historia está llena de falsos cotillas que desvinculan los misterios de su auténtica esencia, haciendo que estos, dejen de serlo. Si ella intentara psicoanalizar la actitud y los gestos de aquel hombre, si intentara sacar conclusiones de una primera impresión, estaría alineándolo de su naturaleza mística y oscura, estaría desechando la belleza de su aura e imponiendo sobre él sintéticas justificaciones científicas que no saben a nada. Una pena porque, francamente, él era un ser maravilloso y esplendido. Parecía rescatado de una obra de teatro.

- ¿Qué decís vosotros dos?

-Que vamos a pasarlo muy bien viviendo los tres juntos- Sonrío.

-¿Los tres?!- Exclamaron al unísono tío y sobrina.

-iNo puedes, esto es un centro educativo!

- Por supuesto que sí, de hecho, seré el profesor de música. Soy un formidable talento con el violín.

-iYa tenemos un profesor de música!

-iPues despídelo!- Si las miradas matasen, Francisco ya sería hombre muerto. Luego se le acercó y le dió dos besos a modo de despedida-. Ahora, carga con lo que puedas, Lis, y guíame.

-Puedo guiarte yo si quieres...- Sugirió a su hijo nervioso.

-No, tu prosigue con tu trabajo.

La chica obedeció y el mismo momento en el que se vio sólo, sus piernas comenzaron a temblar. Tuvo que apoyarse en la librería para no caer. Con la mirada fija en el suelo y agarrando fuerte un colgante de oro con forma de cruz, se santiguó al menos cinco veces seguidas musitando repetidas veces; 'Dios mío, ayúdame'.

□ III □

Llevaba todo el camino dando tumbos y haciendo eses; cargaba con el pesado equipaje de cuero negro en una mano, y una gigantesca mochila sobre sus espaldas. Ángel tan sólo portaba dos maletas de mano de aspecto ligero, por lo que mantenía el paso aliviado. La zona residencial comenzaba con un camino que se dividía en tres en una rotonda. Coronando su centro, había una fuente presidida por una escultura de la Virgen María. Los senderos se correspondían respectivamente al edificio

del profesorado y del personal, al del alumnado, y por último, a un convento donde las religiosas hacían su vida. Fueron por el primero hasta llegar a un ostentoso complejo residencial, y al llegar a su portal sacó una llave del bolsillo de su polo blanco.

-Vivimos arriba del todo, y hay siete plantas, así que, agradece que haya ascensor- Era un acomodado dúplex cuya entrada se correspondía a un pequeño pasillo, a modo de recibidor, con dos puertas consecutivas; un baño, y la cocina. A la izquierda, todo el espacio restante se correspondía al salón-comedor. Ella subió por unas escaleras de caracol, hechas acero inoxidable, hasta la segunda planta. Un estrecho corredor separaba dos halas.

-Yo uso la habitación mas grande porque tiene baño propio- Dijo señalando a la puerta de la derecha para cambiar luego a la izquierda- Esta primera puerta es el cuarto de Francisco, y esa segunda es un dormitorio vacío. Puedes instalarte ahí. Estos cuartos no tienen servicios individuales pero tienen un amplio balcón- Pasaron adentro y dejaron toda la carga sobre la cama. Lis salió entonces a la terraza- ¿Ves? Tendrás buenas vistas.

-El cielo está muy azul en España; no hay ni una nube- Respondió sacando un paquete de cigarrillos del bolsillo interno de su americana.

-Me gusta el azul, tiene personalidad.

- Todos los colores la tienen.- La chica obvió su respuesta y apoyó la barbilla en la baranda. Ángel expiró el humo observándola- Y, ¿Qué tiene de especial el azul?

- Es tranquilidad, es paz.

- Pensaba que la paz era el blanco.

-Te equivocas, el blanco es Dios.

-¿Dios?- Soltó una escéptica carcajada- No me hagas reír.

- ¿Y qué otro color puede ser? El blanco es pureza, es divinidad, es luz... No puede existir otro color mas perfecto para él.

- El amarillo le viene como anillo al dedo.

-¿El amarillo? Pero hablamos de algo muy volátil, muy espiritual e imperecedero...

- ¿De qué color es el techo del Vaticano? ¿De qué color son las cruces bordadas en las estolas de los sacerdotes? ¿Qué me dices del Santo Grial?

- No. No puede ser; el amarillo da mala suerte y es demasiado ruidoso.

- Igual que él a lo largo de la historia, pero tu razonamiento es interesante. Supongo entonces que por inercia, el negro es el color del diablo ¿No es así? Me gusta.- Sonrió dando una nueva calada.

- No. El negro es el color de la muerte- La expresión de Lis se tornó sombría, y sus pensamientos se alejaron por un momento del tema para luego regresar-. El rojo es el color del diablo. Representa la sangre, el peligro, la guerra, el poder, la tentación...

-Si, supongo que también es un color excelente- Se giró hacia ella agachándose hasta la altura de sus ojos y puso una mano sobre su cabeza-. ¿Cuánto de rojo tengo yo?

Se deshizo del brazo y se apoyó sobre una pierna; se había ganado toda su atención- ¿Rojo tú? ¡Ja! ¡Eres lo único verdaderamente amarillo!

- ¿Yo? Evidentemente Dios y un servidor estamos cortados por el mismo patrón- Rió de nuevo-. Pero, ¿Por qué lo dices?

-Das mucho la nota; eres como un semáforo que dice '¡Mírame!'. Y por otro lado... Tienes ojos de reptil.

- ¡Vaya! ¡Qué bonito piropo! ¡Y yo que pesaba que tenías una vista única! Cambiarás de opinión pronto-. Dijo mientras apagaba en cigarrillo y tiraba la colilla por la ventana para irse-. Ah, una última cosa- Esbozó la sonrisa de quien sabe mas de lo que pretende aparentar-. Si el amarillo es la mala suerte, el diablo es el rojo, y la muerte es negra... ¿Qué color eres tú?- Tras formular aquella pregunta se marchó y Lis quedó pasmada.

-Es... Espera...- Musitó, pero ya se había ido. Ella tenía fama de desencadenar trágicas desgracias a aquellos que se le acercaban, además, era pelirroja, y sus ojos gozaban de un tono un tanto especial; negro azabache. Había visto a chicas con los ojos marrones oscuros, muy oscuros, pero nunca con un negro tan intenso y tan perfecto. Por supuesto, especialistas había venido a examinarla, pero ninguno habían encontrado ninguna anomalía ni nada que pudiera afectar a su salud; tan sólo encontraban un extraño matiz antinatural.

“No me fío de él” Susurró una aterciopelada voz en su oído.

-¡Cállate y lárgate, ¿Quieres?!- Respondió al vacío. Entonces la ventana se cerró de golpe y quedó atrapada en el balcón. Sintió como le propinaban

un empujón.

“Dime, Lis, ¿De qué color soy yo ?”

- Dios mío, estas celoso, no puedo creerlo- El aire comenzó a despeinar su pelo.

“¡TU ERES MÍA! ¡MÍA! ¡NO HABLES CON OTROS HOMBRES!”

-Tu no eres ningún hombre, tan sólo eres uno mas de esos fantasmas enfermos que se aferran a mí como sanguijuelas.

“¡Cómo osas! Yo no soy... yo no soy... ¡YO NO SOY COMO LOS DEMÁS! ¡YO SOY ÚNICO PARA TI! ¡ÚNICO!”. Una fuerza sobrehumana la levantó del suelo y la zarandeó con tanta fuerza que casi cae del séptimo piso al suelo.

- Abre la puerta, espectro. ¡Abre la puerta o juro que te odiaré y maldeciré eternamente hasta el día que Perséfone me lleve, y ese día no suplicaré salvación para tí!- La cerradura se soltó y ella salió corriendo. Las puertas se abrían y cerraban solas agitadas por un extraño aire. Al bajar al salón los libros levitaban disparados hacia ella, asestándole fuertes porrazos. Su cabeza chorreaba sangre.

“No lo entiendo, ¿Por qué no me amas?! Haríamos una pareja tan perfecta...”. Entre forcejos, consiguió alcanzar la salida del apartamento y coger el ascensor. De la luz, que se encendía y se apagaba, saltaban feroces chispas. Entonces, la máquina frenó rudamente en mitad del trayecto y la bombilla explotó. Poco a poco la iluminación volvió a un tono anaranjado gracias a la luz de emergencia y el descenso prosiguió. Pero justo frente a ella, casi compartiendo el mismo aliento, la figura de un adolescente de su misma estatura la miraba de forma severa con los ojos como platos. No dijeron nada. Lis permaneció firme hasta que el elevador abrió sus puertas y consiguió salir al exterior del bloque. Procuraba mantener su compostura. Cuando se vio lo suficientemente lejos, echó a correr exasperada, hasta que tropezó con sus propios pies y la conciencia abandonó su diminuto cuerpo.

-Qué patética- Pudo escuchar-. ¿Hola...? ¡Oye!

Se sumergió de lleno en su desmayo. Lo último que notó fue que alguien la cogía entre sus brazos y la levantaba del suelo. Alguien humano. Mientras, ella se encontraba ya en su habitación, y su doble acababa de entrar por la puerta. Justo ahora, venía la parte en la que era besada, pero esta vez, algo cambió, un leve susurro sustituyó el encuentro de labios; ‘Ten cuidado con el diablo’. Luego se lanzó por la ventana.

□VI□

Era el primogénito. El gran heredero de la prestigiosa cadena hotelera Park Hotels Company, extendida por toda Europa, Asia, y América. Además lo tenía todo; fama, poder, gloria, un cutis de porcelana y un cuerpazo de escándalo. Su pelo castaño claro siempre estaba peinado a la última moda, y sus ojos azules hieráticos eran partícipes de una fría belleza deshumanizada. Medía 1'86 cm, pesaba 65kg y tenía manos de pianista, de hecho, se dedicaba a dicho instrumento en el conservatorio propio del centro. Todas sus calificaciones sobrepasaban la media normal; cursando segundo de Bachiller, conservaba el impecable primer puesto de su clase. Se creía el rey del mundo, un ser perfecto. Así se lo decía a sí mismo todas las mañanas. Mujeres y niñas de todas las edades lo cortejaban e intentaban echarle el guante. Cualquiera haría cola o se pelearía por respirar el mismo aire que él inhalaba. Pero era frío como el hielo, orgulloso, y arrogante. Nunca había llegado a sentir el calor de un beso, ni la amistad, ni el cariño de una familia unida. Tan sólo existían tres cosas en el mundo por las que valía la pena existir; el dinero, la fama, y su mimada hermana menor, Elisabeth Park, que asistía a segundo de primaria. Quizás todo sea una broma del sarcástico destino, una irónica jugarreta, pero... ¡Allí estaba él! ¡En la enfermería! ¡Perdiendo su preciado tiempo junto con una lunática enferma!

-Gracias por acompañarla hasta aquí David- Le dijo la doctora Justa.

- ¡¿Acompañarla?! ¡Ja! Prácticamente he tenido que cargar con esta foca todo el camino- Se encontraba recostado en una silla, con los brazos y las piernas cruzadas frente a la mesa en donde estaba sentada la doctora, que registraba los hechos en su ordenador. A la espalda de él, en una cama, Lis yacía inconsciente. Le habían dado puntos en la frente y curado las heridas.

-Entonces, cuénteme cómo ha pasado.

- La vi llegar corriendo a lo lejos, como una completa majareta. Tenía la expresión desencajada y estaba empapada en sangre.

-¿Y entonces?

- Entonces se tropezó y cayó al suelo- Dio una palmada en la mesa-. Mire usted, yo no tengo nada que hacer aquí, haga el favor de escribir ahí 'Fulanica de tal está loca' y que sus padres se la lleven a casa, o la internen en un psiquiátrico. Y no solo por que lo digo yo, ¡Es un peligro para todos! ¡Una bomba de relojería con patas! ¿No ha oído los rumores? Esta chica va por ahí provocando desgracias...

-¿Que sus padres se la lleven? - Doña Justa esbozó una sonrisa forzada; aquel alumno no guardaba ningún tipo de educación hacia sus mayores-

¿Acaso no sabe que la señorita Lis vive aquí?

- ¿Cómo aquí?

- Su nombre es Lis Espinosa; es la sobrina de tu director. Ella vive con él, no tiene mas familia.

- ¿En el edificio del profesorado? Eso resolvería algunos cotilleos con respecto a ella...

- Ajá. Quizás debería comentarle a Don Francisco lo que piensa acerca de su sobrina- David no palideció.

- Eso no tiene nada que ver, si necesita medicación, la necesita.

- David Park, ¿Qué sabe alguien como usted sobre la señorita Espinosa?- La doctora inclinó el cuerpo hacia delante, mirándolo a los ojos y apoyando la barbilla sobre sus manos.- ¿Eh?

- No...- En ese momento Lis soltó un leve ronroneo.

- Parece que la bella durmiente ha recibido el venenoso beso del príncipe- Lo miró-. Bien, enseguida despertará, yo tengo que encargarme de unos asuntos. Voy a decirle a nuestro querido mandamás que su predilecta está aquí; no queremos que se ponga nervioso. Señor Park, hágale guardia hasta que se pueda levantar.- Acto seguido se dirigió hacia a la salida.

- ¡¿Qué dices?! ¿Pero la va a dejar salir así, sin más?- Protestó el chico. Su respuesta fue un portazo.

“No vengas. No vengas...” Susurraba cuando fue despertada por un doloroso pellizco en su mejilla. Quien podría imaginar que el dolor estaba tan lleno de piedad y misericordia, que fuera algo tan santo. Nada tenía que envidiar el dolor al placer, pues este siempre esconde su verdadera faz bajo envoltura de oro. Nos acecha como lobo a su presa, y lo último que percibimos de él es su naturaleza mas pútrida y vacía, desvelando el lado mas indeseable de las personas. En cambio el dolor llega directo. Sucede y queda atrás, efímero como el tiempo, pero a su vez eternamente perpetuo, justo y voraz.

-¡Despertaste! ¡Al fin!

-Si...-Dijo con una mano en la cabeza- ¿Qué ha pasado?

- Te desmallaste.

- ¿Yo?

- Tú- Aclaró-. Y ahora, adiós- Se levantó para irse pero Lis le sujetó una mano. Él se volteó hacia ella- ¿Qué pasa? ¿Vas a agradecerme? ¿A disculparte? Eso último estaría mejor.

- ¡Eres tú! ¡Es tu voz! - Replicó enojada.

-Ah... ya entiendo... Eres una de esas.

-¿De esas?

- No estoy interesado en mujeres- Su rostro no mostraba signo alguno de que estuviese bromeando.

- Cállate imbécil, quién podría interesarse en ti.- Tiró de él hacia sí y le devolvió el pellizco- No me refería a eso ¡Tú me llamaste patética!

- Y qué si lo hice- Forcejeaba e intentaba soltarse.

- No puedes irte porque...

-¿Por qué?

-Porque tienes que ayudarme a llegar hasta ahí, yo aún no puedo caminar- Le dijo señalando el servicio.

El grande y poderoso emperador cargó a la moribunda princesa hasta el cuarto del trono real. Su piel era de calavera. Tan fría como la muerte. Tan fría como su propia alma desamparada. Tan fría como el azul de los ojos de su portador. Con decoro, éste se agacha para colocar los diminutos pies de la dama en el suelo. Es tan delicada y ligera que pareciera que fuera a salir flotando, volando, para convertirse en aire y ser inhalada. Su larga cabellera ondulaba hasta su cintura; eran las llamas del infierno, y sus pecas; cráteres de Marte. Sus ojos en cambio eran pozos profundos que incitaban al suicidio. Todo lo que de forma volátil y ondulante se situaba alrededor de ella, adquiriría un magnético atractivo misterioso.

-Espérame aquí.- Ordenó su realeza, y con una elegancia divina lo dejó resguardando la entrada.

La ya no tan tierna princesa, se sentía indispuesta. Tenía rayos en el estómago, la barriga hinchada y su pequeño cuerpecito se tambaleaba entre sudores fríos. Aquí viene. Ya llega. Se colocó con la cabeza boca abajo sobre el retrete y dejó escapar su alma en una ola con olor a vómito. El emperador, que durante unos segundos había quedado embelesado por la exquisitez de su belleza, consiguió poner fin a lo que

fue un hechizo o maldición; 'Tu no eres una princesa, eres un ogro!' Le dijo, pues sabía que ninguna clase de ser mortal podría emitir esa clase de aberraciones sonoras por la garganta, y ni que hablar de la fugacidad con la que se propagaba aquel olor a ciénaga.

- ¡¿Un og...?! -Gritaba entre jugos gástricos y demás compuestos- ¡¿Ogro?! ¡¿Que dices?!

Cinco minutos después Lis salió del lavabo secándose las manos con un papel que tiró al contenedor de su izquierda. David tenía muy mala cara.

- ¿Estas enfermo tu también?- Preguntó.

-No te acerques- Le contestó.

-Venga, si me he lavado y he hecho gárgaras ¿Me huele acaso el aliento?- Se acercó y expulsó aire cerca de su nariz.

-¡He dicho que no te me acerques cerda asquerosa!- Le pegó un empujón y se giró poniendo una mano sobre su boca. Entonces, él, también vomitó. Su impecable uniforme quedó arruinado. Mirando el lado bueno, por lo menos no había mas testigos que alguien a quien todo el mundo daba por loca.

- Quien es el cerdo aquí...- Añadió la recién recuperada.

Tuvo que ir a su cuarto para traerle una muda limpia mientras este se ocultaba cuan niñita en los servicios de la enfermería. Lis pudo comprobar que aquel chico era todo un maniático de la limpieza. Lo tenía todo cuidadosamente ordenado, absolutamente cada rincón de la habitación estaba dispuesto con una precisión casi milimétrica. Por supuesto, ella no dejó pasar su presencia sin causar estragos; toda la ropa y todos los cajones del cuarto quedaron patas arriba y revolucionados mientras ella llevaba a cabo la misión 'búsqueda y captura del uniforme'. Cuando regresó junto a él, al cabo de media hora, soltó todo lo que llevaba sobre sus brazos y añadió; '¿Cuál es tu nombre?'. Éste se limitó a contestar casi monosílabo.'Bien, aquí tienes. Ahora no nos volvamos a ver. No volvamos a hablar. Si me ves de casualidad, haz como que no existo. No quiero que se me relacione contigo. Esto es un adiós.' Quedó boquiabierto. Nunca nadie lo había insultado de aquella forma. Nunca nadie había osado tratarlo con aquella indiferencia, como si el no fuese nadie. De hecho, tenía planeado formular semejantes palabras unos segundos atrás. Por otro lado no es que ella lo odiara o no quisiera tener relación alguna con su "salvador de brillante armadura", simplemente, aquel muchacho ya había sufrido los efectos secundarios de relacionarse con la calamidad.

Capítulo 3

Capítulo 2: "El ogro transparente"

□ I □

Aquellas dos diabólicas figuras compartían una botella de Borgoña. Francisco rellenaba la copa vacía de su invitado como el buen anfitrión que pretendía ser. Ángel estaba sentado en el sofá del despacho, con postura relajada y brazos extendidos, dialogando. Por la ventana entraba la cálida luz del mediodía, algo que desentonaba con sus respectivas personalidades.

- No te pega nada el papel de servicial.

-¿Servicial? - Francisco se hizo el loco. Ángel levantó el recipiente con el líquido rojo y se la llevó a la nariz-. No está envenenada- Añadió.

- Lo sé, - Pegó un sorbo- pero el vino hay que disfrutarlo en su complejidad; embriagarse de su aroma, del suave tacto que proporciona al paladar... - Hizo una pausa y musitó risueño- El vino también es rojo.

- ¿El qué?

-Tus acciones te delatan, viejo amigo, y es divertido-. Lo miró ahora señalándolo por partes- Manos temblorosas, sudor, frases fuera de lugar...

- Sus ojos se encontraron- ¿Me tienes miedo? ¿Querrías poder matarme?

- Dios mío... Señor yo no...

- ¡Cállate!- Francisco obedeció-. Ya sabes por qué he venido. ¿Por un sólo momento creíste que no te encontraría aquí? ¿Por qué? ¿Por cavar tu propia tumba y enterrarte en ella? ¿Creías que estos muros ocultarían los restos de tu miserable ser? Daría contigo aunque estuvieras en el otro confín de planeta, ya que, no puedes dejar de pensar.- Se llevó una mano a la cabeza, apuntando a su frente y cerrando los ojos. Con la otra mano lo señaló directamente a la cara- Francisco Triste, firmaste un contrato, dame lo que me debes

.

- Si si, claro- Balbuceó- Es toda tuya, llévatela.

- No sucederá tan fácil...¿Acaso crees que no sé lo que has estado haciendo durante todos estos años?!- Ángel se acercó y le pasó la mano

por la cabeza a modo de caricia- Dime, ¿Tomaste su virtud?

- No...No mi Señor.

- ¿iNo!? ¿iOsas decirme que no!?- Ahora sus dedos apretaban sus sienes ejerciendo presión.

- Pe... Pe... Pero no lo hice. No realmente...

- ¡MIENTES! ¡Francisco Espinosa! ¡Tu tomaste su cuerpo! ¡Me robaste lo que por derecho me pertenece y mancillaste mi propiedad!- Sus largos y huesudos dedos ejercían tal presión sobre su cabeza que parecía que iba a reventarle el cráneo.

-¿De...? ¿Debería de haber reservado su virginidad para ti?

- ¡¿ Para mí?! ¡Por quién me tomas ser repugnante! ¿iCrees que acataría un contrato para satisfacer un simple deseo carnal!?- Ambas copas estallaron, y a diferencia de Francisco, Ángel no se hizo ni un rasguño, no brotó ni una gota de sangre por su faz. Se acercó a su oreja y le susurró- Ya sabes lo que va a pasar. Si hay algo que quieras hacer antes, hazlo.

- Si mi señor, gracias. Pe-pero...- Ángel lo miró, indicando que continuara- Pero si ya lo sabía todo ... ¿Por qué no hizo nada? - Su respuesta primera fue una larga sonrisa en la que mostraba todos sus afilados y relucientes incisivos.

- Porque ella os ocultaba... Ella... ella también la quiere- respondió al fin.

-Francisco, ha pasado otra vez- La doctora entró en la habitación sin preguntar-. Por ahora la he dejado en la camilla, aunque para cuando vuelva imagino que ya no estará.

-¿Otra vez? ¿Y la dejas sola?

- Sabe de sobra que cuando despierta se niega a darme explicaciones y que es imposible retenerla allí a no ser que la ate- Por un momento, se quedó embobada mirando a la segunda figura que había en el cuarto. Ni siquiera se percató del montón de cristales esparramados por el suelo.

- Está bien, muchas gracias por avisarme de inmediato.

-Señores...- Hizo un gesto de despedida y se marchó. Entonces Ángel se giró bruscamente hacia el con los ojos inyectados en odio.

- ¡Soluciona esto!

Ocho de la tarde y ya lloraba sumida en su propia melancolía, pero algo

en su expresión cambia al instante y agradece que sus lágrimas queden camufladas entre las gotas del agua.

-Hola florecilla- Una cabeza surge de la bañera sin generar ni la mas mínima onda en su acuosa superficie, ni el más mínimo signo de estuvieran ocupando allí un espacio. Él la mira cerca, muy de cerca.

-Hola- Se irguió-. ¿Puedes acércame el champú?.

-Eso está hecho.

- Creo que está en el mueble de abajo-. Para alcanzar el recipiente, giró en el aire unos perfectos trescientos sesenta grados sobre sí, quedando completamente boca abajo. Con la misma postura se lo ofreció a ella, que comenzó a hacerse espuma el pelo con el líquido rosa.

- ¿Sigues enfadada conmigo?- No contestó- ¡Veeenga Lis! Espera, espera, ¿Eso te lo he hecho yo?- Dijo señalando los puntos sobre su frente. El silencio se proclamaba vencedor.

-¿Alguna vez la has visto? A ella, digo- Se dignó por fin a balbucear aunque cambió de tema.

-No, nadie lo ha hecho nunca. Ni nosotros, que somos sus queridos abortos- Sonrió. Lis se levantó y comenzó a enjabonarse. Él la miraba- ¿Y qué hay de ese sueño? A lo mejor es ella.

-No sé- Respondió.

- Pero pueden guardar relación. Quizás deberías hacerlo... agarrar su mano digo; así tal vez pare.

- O tal vez empeore.

-¡Lis, tengo curiosidad! ¿Sabes lo que es la curiosidad para un fantasma? ¡Es el néctar de la vida! ¡Una ambrosía! ¡Es lo que nos hace sentir que podemos sentir!

-Si lo hago...- Sujetó en ese momento la alcachofa de la ducha para aclararse- No es por que tu lo pides.

- ¡¿Si lo haces?!- Perecía feliz- ¡Oh, Lis! ¡Te quiero! ¡Deberías ser mi novia! Además, tu ya tienes un pie más fuera que dentro...

- Olvídalo, olvida lo que te he dicho, por favor- Se llevó una mano a la cabeza. Aún le dolía.

-Bueno, y ¿Por quién lo harás entonces? ¿Por ti? ¿Por ella? ¿O es por tu

nuevo compañero de piso?- Respondió sombrío.

-Por qué yo también soy curiosa... y por Perséfone.

-Pfffff... Otra vez con eso, la muerte no se llama así. Según la mitología griega, Perséfone era hija de una diosa de la tierra. Fue raptada por Hades, dios del inframundo y se convirtió en su esposa y en la reina del lugar. Fin.

-Lo sé, pero yo me la imagino así, con ese nombre, gobernando sobre los muertos.

-Los muertos no tenemos un rey o una reina; tan sólo somos muertos.

- No puedo estar equivocada, Anónimo. La muerte se llama Perséfone y te diré por qué; porque en mi imaginación, en mi realidad y en mis pensamientos, es así. No existe más verdad para un ser que la que conforma su mente.

- Bueno, supongo que eso de ser la reina del inframundo y ser la muerte en sí puede guardar alguna retorcida relación...- Dijo rascándose la cabeza. Unos golpes tras la puerta irrumpieron la conversación.

-¡Lis, llevas una hora ahí!- Era Francisco- ¡Si no te das prisa cerrarán el comedor!

-¡¿Desde cuando eso es un problema para ti? ¿Y qué haces en mi cuarto?!- Le respondió gritando desde el otro lado.

-¡Tsk!- Protestó- Pensaba que podríamos ir juntos para allá.

-¡¿Contigo?!-

-Te doy media hora, no más.- Tras decir esas palabras se fue.

Aquella noche, ambos, tío y sobrina acudieron juntos por primera vez al abarrotado comedor. Ella nunca iba allí a esas horas; se esperaba siempre a que quedara todo vacío o estuviese apunto de cerrar, birlaba y picoteaba alguna cosa y enseguida volvía al candor de su dormitorio. Por supuesto, aquellos curiosos espectadores alguna vez se habían hecho preguntas sobre "La alumna fantasma", pero nadie las formulaba. Aquella noche, la curiosidad quedó saciada.

Al cruzar el umbral de la puerta, él con una mano sobre el hombro de ella, murmullos sordos estallaron en la sala. Esa extraña alumna guardaba algún tipo de parentesco con el que era el director. Las miradas los perseguían por la cola del bufete como espías y casi apuñalaban cuando Francisco sirvió a Lis un poco de ensalada en su bandeja. Tras salir de allí,

avanzaron por el pasillo principal que separaba el sitio en dos halas. Pudo ver a David sentado en una de las mesas mas largas, rodeado por una multitud de estudiantes pijos y emperifollados. Todos la miraban, la analizaban. Una chica que estaba colocada a su derecha tenía la cabeza apoyada en el hombro de él y sostenía una de sus manos. Éste se apresuró a retirarla con un desprecio no fingido. En ese instante, y por unos segundos, sus miradas se cruzaron para girar levemente la cabeza hacía otro lado. Pretender no saber nada el uno del otro podía resultar ser mas obvio que actuar con naturalidad. Al pasar por otra mesa algo mas pequeña y en donde se encontraban algunos alumnos de su clase, Francisco hizo una seña a su ahijada para que tomara asiento, ella lo siguió con la mirada y prosiguió, su camino hacia la zona donde se sentaban los profesores. Prácticamente era la última mesa redonda a la derecha tras subir unas pocas escalera. Ángel estaba allí, contemplando la escena divertido. Tomó asiento justo entre él y Lorena, la jefa de estudios. '¿Qué ha sido eso?' Preguntó. 'Un tío que acompaña a su sobrina' Se limitó a responder. La mayoría de los profesores desconocían este hecho y todos miraban hacia su plato sin abrir la boca. Reinaba la incomodidad. ¿Quién iba a intentar incomodar a la persona mas importante del centro? Podría deshacerse de ellos sin más.

-En mi opinión- Ángel fue el primero en romper el silencio-, tiene usted una sobrina encantadora, padre. Seguro que la tía es especialmente atractiva-. Francisco depositó sobre este una mirada inquisidora. Los profesores miraban atónitos; primero su sobrina, y ahora resulta que aquella persona que se había presentado como un nuevo profesor era su hijo. Aquel retorcido lo sabía todo de él, tan sólo estaba jugando y divirtiéndose a su costa. Trataba de dejarlo en evidencia, de incomodarlo, pero tenía que seguirle la corriente.

- Lo fue, en un pasado lo fue. Ahora esta muerta.

-Pero Director, ha sido una sorpresa que hasta ahora no...- Musitó el maestro de ciencias.

-Ella es tímida.... Tiene grados de autismo, y no se relaciona bien con los demás- Mintió. No podría contar la verdad sobre Lis. El hecho de que fuera su familiar no había sido un secreto, de hecho, muchos de los allí presentes ya lo sabían. ¿Pero por qué? ¿Por qué mentir? ¿Cómo justificar el comportamiento de Lis con los otros alumnos? ¿Cómo decir a aquella panda de simplones que su sobrina había sido tocada? ¿Qué estaba maldita? No le quedó mas remedio que engañar mientras que el monstruo que estaba sentado a su lado se regodeaba en el placer de hacerlo flaquear.

-¡Qué hermosa primera semana! ¿No lo creen así, señores?- Añadió Ángel,

y se llevó un trozo de filete poco hecho a la boca.

Lis observaba a sus compañeros de mesa sin tocar siquiera la comida. Rosa, la chica de enfrente era una auténtica entusiasta, y no paraba de hablar sobre sus gata, Sansa. Entonces se sirvió zumo en un vaso de cristal y alzó la mano para brindar colectivamente "¡Por el último curso de secundaria!" Añadió, y la miró para que se uniera. En vez de eso, cogió su propio vaso, se levantó de la silla y se dirigió al lugar del profesorado. Tímidamente, tiró de la chaqueta negra de su primo. Al verla, éste se volteó y con ternura puso una mano sobre su cabeza. Todos los profesores escuchaban atentos y la mirada de Francisco se tornó cruel.

-¿Si?- Le dijo a ella.

- Tengo la respuesta.

-¿La respuesta?- Le mostró entonces el objeto que portaba entre sus manos.

- Soy el color luz, mira- Añadió, y levantó el objeto de cristal hacia el techo. La luz del comedor atravesó las paredes del vaso y dejó entrever los colores proyectados del arco-iris-. ¿Ves? Soy un color que alberga a muchos otros.

- Igual que un silencio que esconde muchos secretos- Le sonrió.

- Exactamente eso- Dijo complacida con una sonrisa. No existía una mejor manera de describirlo.

□ II □

Era una tarde soleada, como tantas otras, pero el aula de música se mantenía fresca, quizás, porque estaba aislada para que el sonido no atravesara feroz las paredes. Él se sentaba al final, junto a la ventana. Llevaba un tiempo en el que algo le molestaba; por algún motivo, no podía sacársela de la cabeza. Jamás le había sucedido nada igual. Nunca había dedicado tanto tiempo a pensar en alguien, y menos del otro género. Aquello debería de ser una sucia jugarreta de su imaginación, un mal sueño. Recordaba como, hace un par de semanas, aquella chica había provocado un holocausto con los cajones y estanterías de su dormitorio, y eso pese a haberle dado instrucciones exactas de dónde se hallaban sus cosas. Evocó aquella figura de colección que halló tirada en el suelo y como consecuencia había quedado decapitada. Le vino a la cabeza la imagen de toda su exclusiva ropa interior arrugada y hecha una pelota sobre su cama. Su intimidad había quedado expuesta, desmantelada, y todo en menos de diez minutos.

Sonó el timbre, y poco a poco la clase se fue llenando de personas que cargaban pesados instrumentos como si fueran niños muertos. Se saludaban y bromeaban entre ellos. Sus alrededores se plagaron de una multitud parlanchina y entusiasta. Como moscas al azúcar, aquellos chupócteros pelotas se arremolinaban en torno a él. Elogiaban y nutrían su más que cebado ego, y David, se limitaba a saludar y a asentir con la cabeza haciendo como que le interesaba el asunto.

- Estuviste genial en la clase de ayer. Sin duda fué el "Claro De Luna" mas hermoso que has interpretado nunca- Dijo su acosadora mas agotadora; Marta.

- Gracias- Se limitó a responder.

Lis entró entonces a la sala silenciosa. Cargaba con una pequeña bolsa de cartón. Nadie se percató de su presencia salvo el prepotente ricachón, que vio como recorría con la mirada la zona hasta que por fin lo divisó. No era posible; venía hacía él. Por un momento sintió que se le aceleraba el corazón. Los alumnos arremolinados le abrieron paso sin quitarle los ojos de encima a aquella intrusa que reconocieron como la hija del director. Los chicos la examinaban curiosos y las chicas la evaluaban de arriba abajo. Todos se preguntaban que hacía allí alguien que no pertenecía al conservatorio del centro.

-Tenemos que hablar- Exigió.

- ¿Y tú quién eres?- Respondió con malicia e ignorancia fingida. Los demás soltaron alguna que otra risa; pensaban que se trataba de otra pobre enamorada que iba a salir de allí con el corazón roto por culpa de aquel "Príncipe de hielo". Se equivocaban, pues si él tenía el corazón helado, Lis tenía de su parte todo el candor del fuego del infierno.

- ¿Quieres que te lo recuerde?- Sonó a amenaza. Estaba a punto de contar su vergonzosa historia y apalea su hinchado orgullo en público. Otra persona jamás habría resultado tan insolente, pero no sabía evaluar bien lo que era capaz de maquinara la mente de aquella inestable.

- Ah... La niña-ogro- Rió. Se levantó del asiento y se dirigió hacía la puerta. Cuando estuvo en el umbral le hizo una seña con los dedos para que lo siguiera-. ¿Cómo te atreves siquiera a dirigirme la palabra?

-Ten esto- Le tendió la bolsa. David se la arrancó de las manos mirándola a los ojos. Seguidamente examinó el interior; era el uniforme que manchó con su vómito-. Al menos como agradecimiento lo he lavado y planchado.

-¿Cuándo tú...?

- Cuando lo tiraste al contenedor de la enfermería. Pensé que era un desperdicio dejarlo ahí-. El chico frunció el ceño. La última vez que se vieron le dijo que actuara como si ella no existiera, pero ahora estaba ahí, y había tenido un detalle amable-. No me malinterpretes; no me gusta deber nada a nadie.

- Eres rara- Dijo con gesto desconfiado.

- Tú también lo eres.

-Puede que sí- Sonrió. Era la primera vez que lo hacía para ella. Al percatarse, cambió rápido de expresión y tema-. Así que... Resulta que eres la sobrina del director.

-Tal parece.

-¿Era un secreto o algo así?

-¿Qué te hace pensar eso?

-Yo me enteré antes, pero la reacción de todos aquella noche cuando hiciste tu entrada nupcial... Fue todo un espectáculo. Ahora no se habla de otra cosa; La veterana Alumna Fantasma ha resultado ser la sobrina del mandamás- Bromeó-. Eso pone fin a algunos de muchos rumores sobre ti.

- Si... Supongo...

-¿Acaso no te importa? La gente ya no huirá tanto de ti.

- La gente debería de huir de mi.

Le sorprendieron sus palabras pero cuando estaba elaborando una respuesta se dio cuenta de que estaba siendo observado a través de los cristales de la puerta del aula. Descubrió a sus compañeros, y sobre todo, compañeras, tanteando su conversación. Desde donde estaban no se podía escuchar, pero si que se podía malinterpretar varias cosas; una chica de otro curso había venido a verle y le había entregado un paquete. Él lo había aceptado sin más, y encima ahora estaba bromeando y riéndose. Había bajado la guardia y le parecía molesto tener que ser el centro de falsos rumores. Rápidamente su expresión se endureció.

- Me voy ya, Lis- dijo educadamente dándole la espalda. Nada más entrar, una ola de adolescentes enloquecidas se avanzó hacia él exigiendo explicaciones e intentando averiguar el contenido de la bolsa. Él no dijo nada, no necesitaba dar cuentas a nadie pese a que hubo un comentario realmente lo alteró; "¿Qué calladito te lo tenías, ¿Eh?".

Cuando Ángel entró en la sala cargado con la funda de su sublime extradivarius color caoba se encontró con el bullicio de los excitados alumnos.

-¿Qué pasa aquí?- No gritó, pero todos ellos quedaron mudos. Imponía mucho respeto aunque nunca levantara la voz, y sabían que Lis era su prima. Un valiente o tonto despistado, según como quiera interpretarse rompió el silencio.

- Nuestro soltero mas cotizado, que se ha echado novia.

El profesor de música miró a David irónico, y éste se cruzó de brazos y giró la vista hacia la ventana. Ya estaba harto de aquella conversación estúpida

- ¿Y quién es nuestra privilegiada?- Ángel tanteo el aula y descubrió a una chiquilla colorada y con las lágrimas saltadas- ¿Eres tú, Marta?- Le dijo malintencionado y con inocencia fingida.

-¡Déjeme!- Rompió a llorar. Sentía un amalgama de vergüenza y celos.

- Ah, lo siento- Se llevó una mano a la boca haciendo como que se arrepentía de su error-. Bueno, ¿Quién es pues?

- Lis Espinosa, de cuarto curso- El mismo memo había abierto la boca. Entonces Ángel no necesitó fingir sorpresa, sino disimularla.

- ¿David?- Ahora fingió sonreír-. Enhorabuena- Concluyó mostrando sus agudos dientes y frotándose las manos.

-iBah!- Añadió a modo de respuesta.

□ VI □

Desde aquella noche, siempre la había acompañado al comedor a todas horas; mañana, tarde y noche. Además, había comenzado a tratarla endemoniadamente bien; ya no intentaba abrumarla en clase, no la vigilaba paranoico por los pasillos de la escuela ni interfería cada vez que entablaba una conversación con alguien. También había dejado de registrar impulsivamente su cuarto y sus cosas. Pero sobre todo, no había vuelto a tocarla. Se respiraba una falsa tregua en la que él, cada vez se consumía mas y mas; por lo menos habría perdido cinco quilos en aquel periodo de tiempo tan corto. Justo aquella noche, parecía un decadente y desamparado borracho. A las diez, justo cuando Lis llegó al apartamento tras haber estado estudiando en la biblioteca, lo encontró tirado en el sofá, ebrio. Ángel no estaba allí, recordaba que comentó que tenía clases

extras de refuerzo hasta tarde.

-¿Qué mierda haces?

- ¿Diabla? Ay diabla, ven aquí, ven- Dijo mientras se incorporaba y se pasaba la palma de la mano por la cabeza. Ella se sentó en frente. Dio entonces un trago mas a su botella de vino-.Qué bella eres diabla... qué bella eres... igual que ella, exactamente dos calcos. Pero ella era tan inocente, tan pura...

-¿Ella?

- ...Y mírate tú con tu corrosiva atracción diabólica... ¡Ja! ¿Qué sabes tú del verdadero tormento? ¿Sabes que yo la amaba? Yo amaba a aquel ángel, tu tierna madre. El jovial trinar de su sonrisa, su adorable ignorancia fingida, su felicidad perpetua, aquella estúpida creencia de que todas las personas son buenas... Entonces te miro y veo su ondulado pelo, su pequeña nariz, su piel manchada de adorables pecas... Sus labios. Hasta que busco la naturaleza en sus ojos, aquel verde con pintas terrosas... y choco de lleno con las tinieblas de los tuyos...¡Bruja! ¡Putas!- Le tiró un cojín a la cabeza. Lis estaba anonadada- ¡Me has contagiado!

-¡Tranquilízate Francisco!

- ¡Todo es culpa tuya! ¡Todo esto es tu culpa! ¡Si te hubiese matado aquel día yo estaría libre de tu maldición! ¡No me mires! ¡No poses tus horrendos ojos sobre mí!- Se rebullía alborotado; había bebido demasiado.

Lis intentó arrebatarse la botella de entre las manos. Ambos estaban ahora de pie, forcejeando por el contenedor del preciado líquido y separados por una baja mesa-. ¡Puede que te parezcas a tu madre pero eres igual de testaruda que el idiota de mi hermano!

Los arrugados dedos de Francisco resbalaron por el vidrio cuando ella dio un fuerte tirón hacia sí. Ambos cayeron al suelo y la chica se propició un golpe con el sillón llevándose todo el decorado por delante. Francisco aterrizó justo encima de ella y guardó su cabeza entre su pecho, llorando desconsolado. Las manos de él levantaron su frágil espalda del suelo para poder apresarla en un asfixiante abrazo. Lis quedó boca arriba e inmóvil, con la respiración entrecortada y la botella de vino en una mano. Sólo miraba el techo y no decía nada.

-No me importa lo que diga... no me importa nada lo que diga ese sádico. Tu eres mía, yo te he criado, yo te he educado, yo te lo he dado todo...- Berreaba como un recién nacido-. Dilo, dí quién es tu dueño y díselo a él también-. Francisco clavó sendas uñas en su espalda, y con fuerza cerró

los puños para tirar de su fina camisa blanca y arrancarla-. Dilo.

-Creo que sé mucho mas que tu del tormento- Dos gotas asomaron por los ojos de Lis, que no se movía ni hacía nada.

Francisco colocó las manos alrededor de su cuello estrangulándola a la vez que intentó forzarla. La chica dirigió hacía él un golpe con la botella de cristal. Éste lo interceptó con una mano agarrando su muñeca, la cual retorció obligándole a ponerse de espaldas. No había nada que hacer. Nadie vendría a ayudarla como tantas otras veces atrás, así que simplemente esperaría cuan muñeco roto a que todo pasara y quedara atrás. Pero entonces se detuvo. Se quitó de encima, la levantó, se acercó al sofá donde se hallaba doblada su bata roja de estar por casa, se colocó enfrente de ella y se la echó por los hombros. Lis introdujo sus brazos, y él, con seria expresión, colocó la palma de su mano en su ombligo y la elevó hasta llegar a su cuello en forma de caricia. Cuando llegó a la señal que le habían producido sus dedos le cerró la bata y le hizo un nudo.

-Perdón- Musitó mientras subía las escaleras para encerrarse en su cuarto-. Ah, se me olvidaba- Elevó la voz- A partir del mes que viene, te mudarás al pabellón femenino. Al parecer, según la madre superiora y la administración hay demasiados hombres en este apartamento. Así que, ¿Qué me dices? ¿Te gustaría tener una compañera de cuarto a la que arruinarle la vida?

-Me mudaré sola.

-Ya lo esperaba así.